

CARTA A LOS REDACTORES DE «LA PAZ»

Bogotá, junio 20 de 1868.

Señores Redactores de *La Paz*:

En vuestro editorial de ayer os habéis servido enumerarme entre los que actualmente impugnan por la prensa el principio de la utilidad. Estimo el recuerdo, pero siento el que me hayáis envuelto al mismo tiempo en este concepto: "todos los impugnadores de Bentham alzan su voz en nombre de la religión". Esto tampoco es exacto respecto de otros; el señor Madieto, por ejemplo, cuya *Teoría legislativa* está muy lejos de ser una disertación eclesiástica. Mas debo limitarme a llamaros la atención en lo que a mí toca. Para mí la protesta del cristianismo es más respetable que la de la filosofía; la palabra de Jesucristo infinitamente más santa que la de Platón. A pesar de eso, como los partidarios de Bentham suelen hacer alarde de apoyarse en los dictados de la razón, mientras sus adversarios, dicen, se apoyan sólo en la autoridad, he creído que importaba batir su doctrina en el terreno puramente filosófico, demostrando que es falsa e impracticable. Tomé a mi cargo la empresa, a pesar de mi insuficiencia, y fruto de mi deseo han sido los artículos sobre ciencia moral que han empezado a ver la luz en *La Fe*. Toda mi argumentación reposa sobre una análisis sumaria, pero veraz, de la naturaleza humana. Confiaba que, por malo que fuese mi trabajo, se le reconociese esta condición que yo me empeñaba sobresaliese en primer término. Lo único que deseaba no se pudiese decir de él, es lo que vosotros decís, la repetida canción de que las "impugnaciones del principio se basan en argumentos de autoridad religiosa". Os confieso que vuestro fallo, sumamente respetable para mí, me ha desalentado, y me quitaría la pluma de la mano, si no estuviere ya comprometido con el público.

Tampoco me ha parecido perfectamente exacto

pensamiento que emití a propósito de la actual polémica sobre la doctrina de Bentham: "Forman en falange *compacta*, contra el veterano sustentante, presentando el curioso espectáculo de un grupo de paladines reunido bajo una imagen que nos es desfavorable: exhibir a varios escritores independientes como coligados contra un veterano, es figurar una batalla, como vosotros decís, curiosa; pero esta figura no se confirma suficientemente ni con la realidad de los hechos por una parte, ni con la severidad de vuestro estilo por otra. Además, en la lista que presentáis, examinada bajo el aspecto del colorido político de los nombres en ella consignados, se nota una excepción, pero no la promiscuidad que suponéis.

En la poesía de Bentham, qué transcribís, no aparece más "testimonio acerca de sus creencias religiosas" que un sentimiento vago de la inmortalidad; sentimiento noble pero que, como muy bien lo sabéis, no alcanza él solo a denunciar cristiandad. Citáis los versos, porque os "parece equitativo que en medio del debate se oiga también un poco la voz del publicista cuyas teorías están en tela de discusión". Pero ¿no estáis viendo, señores, que lo que citáis no es la voz del publicista sino la del poeta? No combatimos sentimientos poéticos, sino principios filosóficos. Por lo demás, aquellos sentimientos están en abierta pugna con estos principios. Recordad la crudeza con que en su *Deontología* se burla de nuestras aspiraciones a una vida futura: *the world without end*; del desprecio de los bienes terrenales: *things that we view*; de la meditación religiosa: *have we often reflected?...* ¿Qué significa *a sincere repentance* en la aritmética de los placeres? ¿Y qué diremos de aquellas *regions of woe* después de leer en su *Deontología*: "Este espantoso dogma no está en el espíritu del cristianismo; es una perniciosa impostura que nada justifica". ¿Y qué de aquel examen de conciencia relativo a los placeres gustados durante el día (*what are the pleasures...*) en presencia de la pregunta final del siguiente

párrato; también de la *Deontología*, cuyo sentido se desprende del contexto: "La vida de A abunda de placeres groseros pero intensos y sin mezcla de pena. La de B abunda de placeres elevados pero mezclados de penas equivalentes. ¿Cuál de los dos estados preferiría un hombre de buen sentido?". ¿Puede avenirse un examen de conciencia con semejante modo de pensar? ¿Puede acordarse con esta

otra regla: "Todo placer es, *prima facie*, un bien y debe procurarse; toda pena un mal y debe evitarse. Cuando, gustado un placer, le buscamos de nuevo, ESTO SÓLO es prueba de su bondad"? Muchos otros pasajes análogos pudiera citar, pero vosotros conocéis la *Deontología*; a ella fiero; comparad y juzgad.

Los versos que citáis son, pues, materia extraña en e debate científico; ellos, por la cuenta, si algo proba en, no sería en pro del utilitarismo: de ellos sólo puede deducirse que, o Bentham abjuró sus principios, o la producción es apócrifa, o su autor, utilitarista y poeta, se veía obligado a desempeñar alternativamente los dos papeles por ser incompatibles.

En cuanto a que "ni quitáis ni ponéis rey", os confieso que esta frase no revela á mis oídos una perfecta imparcialidad. Ella adolece, aún hoy, del carácter sospechoso que deriva de su origen histórico. Esta, con paz sea dicho tímida vacilación vuestra, o tal vez, inclinación hacia el principio utilitario, me es tanto más extraña, cuanto que creo vuestro más acerbo enemigo político, vuestro enemigo interior; vuestro, digo; atendido vuestro temperamento político. Perdonad la franqueza y oíd con paciencia el denuncia.

El elemento que caracteriza la fracción a que pertenecéis, es un elemento cristiano en el fondo: el sentimiento de la libertad y la fraternidad. Mas vosotros, hijos de la vieja escuela liberal, no habéis podido emanciparos de sus perniciosas tradiciones; entre ellas su horror al tipo eclesiástico y su simpatía por la doctrina epicúrea. Y como aquél y estos elementos son heterogéneos, resulta que vuestro carácter político no está bien determinado. Por eso habéis producido, a un mismo tiempo, las más brillantes y las

más corrompidas naturalezas. Por eso algunas de vuestras notabilidades presentan lastimosas alternativas, flaqueando entre la vocación del deber y el arrastramiento del interés, mezcla milagrosa del carácter de don Quijote, en quien vosotros, como yo, reconoceréis el tipo de la caballerosidad llevada al extremo de la demencia, y del de Sancho, puerco de la grey epicúrea. Pero entre estos dos elementos, el amor y el rencor, la abnegación y el interés; siendo el primero el que os personaliza, el segundo amenaza devoraros. Vosotros todos los días vais siendo menos, porque prevaleciendo en muchos el sentimiento egoísta, llega éste al fin a declararse a modo de enfermedad, segregándolos de la comunión, pero dejando a los otros expuestos al contagio, a sombras de la amistad personal y de un nombre común, lazos que solemos hurtar a los naufragios de la vida.

En esta alternativa vosotros, pequeño rebaño pero fiel, *pusillus Grex*, consagrais un momento a la averiguación de este fenómeno: ¿cuál es ese elemento, extraño a vuestra constitución, que amenaza destruirla? Vosotros, descendientes en espíritu, según parece, de los cruzados y andantes caballeros, ved bien cuál es esa sirena, no conocida en aquellos tiempos, que ha seducido a muchos de vuestros hermanos para aplebeyarlos y aun transformarlos. Yo me aventuro a creer que ese elemento es el Epicuroísmo de Bentham, y como tal os le delato. Como quiera que sea, a vosotros toca examinarlo. Os presento datos sin tratar de imponeros la consecuencia. Sobre todo tened en cuenta el que voy a especificaros: existe en Cundinamarca una facción política, activa y ramificada, que siendo enemiga vuestra, ha salido en gran parte de vuestro seno, que os penetra, os compromete, y cuyo nombre, que la caracteriza, procedente de su jefe, es sinónimo de epicúreo. Ved y reflexionad.

Perdonad, señores, la libertad que me he tomado y creedme vuestro más afecto estimador.

La Prensa, Bogotá, junio 23 de 1868,

Trimestre

IX., núm. 190, pág. 66

¹ "Epicuri de grege porcum" (HoR., Epistularum lib. I, IV, 16).